

bilbao en el cine (55)

«Golfo de Vizcaya», la película vasca más polémica

Alberto López Echevarrieta

CUATRO años después de la realización del largometraje «Siete Calles», en 1985, Javier Rebollo quiso hacer una obra personal, íntima y sin desgajarse plenamente del binomio que formó con Juan Ortuoste en la película citada, filmó «Golfo de Vizcaya». En realidad, ambos amigos, responsables de la productora bilbaina Lan Zinema, tejieron juntos el nuevo argumento junto a Santiago González y Joaquín Jordá.

En esta ocasión incidieron los guionistas en la delicada situación socio-política que vive el País Vasco a través de la figura de un periodista, Lucas, que regresa a Bilbao tras quince años de ausencia. Es un tipo maduro y con un pasado denso, que trata de reiniciar su vida en la capital vizcaína y en un ambiente distante y hostil. Conoce a una mujer, Olatz, con la que establece una relación amorosa apasionada y turbulenta en que las diferencias de edad y entorno vital van creando una intensa dependencia mutua. Una serie de acontecimientos enmarcados en la crispada situación político-social del entorno hacen estallar su intimidad.

Para dar vida a esta historia, Lan Zinema echó la casa por la ventana contratando un plantel de primeras figuras: el actor italiano Omero Antonutti, que había conseguido una gran aureola con sus trabajos en «Padre padrone», «El sur» y «La noche de San Lorenzo» princi-

palmente, fue Lucas; la catalana Silvia Munt, inolvidable en «La plaza del diamante» y «Akelarre», incorporó a Olatz; en otros papeles veíamos a Mario Pardo, Patxi Bisquert, Amaia Lasa y Juan Diego. Javier Aguirresarobe cuidó la fotografía como él sabe hacerlo, magníficamente, y José María Biurrun hizo el montaje. Quiero destacar la muy inteligente labor de promoción llevada a cabo por el inolvidable Josepe Zuazo, auténtico peregrino de la salsa y realizador del «pressbook» correspondiente del que aún guardo un ejemplar como modelo de originalidad.

Siguiendo la tradicional costumbre de esta productora, algunos pequeños papeles fueron interpretados por conocidos personajes de la vida social y cultural bilbaina, como J. J. Rapha Bilbao, Pedro Olea, Pedro Barea, el cantante Gontzal Mendibil, el periodista Santiago González que, como he dicho, era co-guionista, José Andrés Zalduqui, Rafael Enrique, etc.

Ver de nuevo esta película me ha permitido evocar los lugares donde fue rodada, algunos de los cuales han variado sustancialmente con el paso del tiempo. Por ejemplo el Hotel Excelsior donde tiene lugar buena parte de la acción. Estaba situado en una de las esquinas de Hurtado de Amézaga y Ayala, en Bilbao, «vaciado» y hoy sede de las Juntas Generales. O la redacción del periódico «La Gaceta del Norte», en la calle Henao, reconvertida, como el propio edificio.

«Golfo de Vizcaya» se rodó en seis semanas. Su coste fue



de sesenta millones de pesetas, pero realmente cuando surgieron ríos de tinta con respecto a ella fue cuando se estrenó. Ya su pase por el Festival Internacional de Cine de San Sebastián fue controvertido. El productor de la cinta, Juan Ortuoste, señaló en «Egin» que «la polémica suscitada ha teni-

do tintes muy variados, desde la objetividad -favorable o contraria- hasta la virulencia más o menos agresiva». Hubo quien apuntó como equivocada la elección del periódico «La Gaceta del Norte» para el rodaje. «Se debió solamente a motivos narrativos y plásticos, sin que a cambio haya habido

ninguna contraprestación económica», dijo Ortuoste.

Pero el escándalo surgió cuando otro periódico «El Correo», publicó una crítica de la película firmada por «Interino» que no dejó títtere con cabeza, lo que motivó la reacción inmediata de la Asociación Independiente de Productores Vascos. En una carta abierta firmada por los responsables, Rafael Trecu e Imanol Uribe, salía al paso de los términos descalificativos vertidos. «Es preocupante la actitud de ciertos columnistas cuando adoptan posturas destructivas cercanas al juicio sumarísimo, intentando fulminar sin respeto ni presupuesto crítico alguno cualquier intento de renovación cultural. Y es más doloroso que ello ocurra precisamente aquí contra las películas vascas», decía mientras pedía respeto a la hora de valorar el cine vasco.

Los productores vascos defendieron el papel orientativo de la crítica «siempre que no rebase el derecho a la libertad de expresión entrando en el terreno de los ataques personales». El «affaire» terminó con la desaparición periodística de «Interino» y la inclusión de un gran anuncio de Lan Zinema en el que con grandes titulares indicaba: «¡No vea la película 'Golfo de Vizcaya'! (Puede llegar a gustarle)». La película en cuestión pasó por las Semanas de Cine de Donibane Lohitzun, Murcia, Granada, Melilla y Moscú, obtuvo el Premio de Especial Calidad del Ministerio de Cultura y fue propuesta por la Asociación de Productores Vascos para concurrir al Oscar de Hollywood.

Gaspar consigue el octavo Dan de judo Víctor Manuel VIII, rey del tatami

Patxi Lázaro

EL judo es un deporte que no entiende de razas ni de fronteras: lo practican tanto las clases altas como el pueblo llano, los españoles como los flamencos, los europeos como los asiáticos. Desafortunadamente el auge que otras artes marciales más exóticas y espectaculares han adquirido gracias a los medios de comunicación ha convertido al judo en una afición para minorías, una selecta especialidad a la cual Víctor Gaspar, campeón de España en todas las categorías y ahora octavo Dan, decidió dedicar su vida hace casi cuatro décadas, cuando comenzó una tarea pedagógica que ha formado a va-

rias generaciones de combativos bilbainos en el Judo Club. Entre sus alumnos hay, y esto no es ninguna hipérbola bochera, algunas figuras de categoría internacional.

Para los que no sepan lo que significa el llegar a ser cinturón negro, octavo Dan, bastará con decir que en la actualidad no existe ningún décimo Dan. Los hubo hace años, seguramente en Japón. Eran de esos viejos maestros carismáticos que no solo crean escuela, sino que también acaban fundiéndose con el Universo según los preceptos del Tai-Chi. Gaspar, aunque roza la leyenda, no pretende llegar a tales extremos. Sus afanes son más cotidianos, y su pedagogía menos elitista: sus explicaciones teóricas y sus

demostraciones de movimientos sirven tanto para los competidores profesionales como para los aficionados, los agentes de la Ertzaintza a los que entrenó durante años en la Academia de Arkaute y los niños de los colegios. Algunos de entre los más pequeños creen que fue él quien inventó el Judo, y no el maestro japonés Jigoro Kano.

Hay que ver a Gaspar encima del tatami explicando desde las técnicas esenciales hasta los encadenamientos más elaborados. No solo conoce su arte. También sabe cómo hacerlo visible. La elocuencia, el autodominio, la urbanidad, el tacto y el arte de la precisa descripción plástica, virtudes más bien raras en el mundo del deporte, constituyen una de las caracte-

rísticas más notables de su método didáctico. Fuera del tatami -aunque a uno se le hace raro verle de calle, sin el judogi y el cinturón rojo y blanco del maestro- Gaspar se muestra como una persona sencilla y afable, que escucha a la gente con paciencia (con una paciencia a veces prodigiosa) y escribe libros de judo para niños. Fiel al Ju-Do, el camino de la flexibilidad también ha decidido aprender a manejar el ordenador del gimnasio; Windows 95 parece un buen rival, pero poco a poco se le hace entrar en razón. Gaspar es más que un deportista profesional. Tiene algo en común con los grandes virtuosos: en su caso no es el maestro quien hace judo, sino el judo el que hace al maestro.



Víctor Gaspar campeón de Judo